

## ¿UNA MORAL SIN PECADO? José Antonio Pagola.

Se dice a menudo que ha desaparecido la conciencia de pecado. No es del todo cierto. **Lo que sucede es que la crisis de fe ha traído consigo una manera diferente, no siempre más sana, de enfrentarse a la propia culpabilidad.** De hecho, al prescindir de Dios, no pocos viven la culpa de modo más confuso y solitario.

Algunos han quedado estancados en la forma más primitiva y arcaica de vivir el pecado. Se sienten «manchados» por su maldad. Indignos de convivir junto a sus seres queridos. **No conocen la experiencia de un Dios perdonador, pero tampoco han encontrado otro camino para liberarse de su malestar interior.**

Otros siguen viviendo el pecado como «transgresión». Es cierto que han borrado de su conciencia algunos «mandamientos», pero lo que **no ha desaparecido en su interior es la imagen de un Dios legislador ante el que no saben cómo situarse. Sienten la culpa como una transgresión con la que no es fácil convivir.**

**Bastantes viven el pecado como «autoacusación».** Al diluirse su fe en Dios, la culpa se va convirtiendo en una «acusación sin acusador» (Paul Ricoeur). No hace falta que nadie los condene. Ellos mismos lo hacen. Pero ¿cómo liberarse de esta autocondena?, ¿basta olvidar el pasado y tratar de eliminar la propia responsabilidad?

Se ha intentado también reducir el pecado a una «vivencia psicológica» más. Un bloqueo de la persona. **El pecador sería una especie de «enfermo», víctima de su propia debilidad. Se ha llegado incluso a hablar de una «moral sin pecado».** Pero ¿es posible vivir una vida moral sin vivenciar la culpabilidad?

**Para el creyente, el pecado es una realidad.** Inútil encubrirlo. Aunque se sabe muy condicionado en su libertad, **el cristiano se siente responsable de su vida ante sí mismo y ante Dios. Por eso confiesa su pecado y lo reconoce como una «ofensa contra Dios».** Pero contra un Dios que solo busca la felicidad del ser humano. **Nunca hemos de olvidar que el pecado ofende a Dios en cuanto que nos daña a nosotros mismos, seres infinitamente queridos por él.**

Sobrecogido por la presencia de Jesús, **Pedro reacciona reconociendo su pecado: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador».** Pero Jesús no se aparta de él, sino que le confía una nueva misión: **«No temas; desde ahora serás pescador de hombres».** **Reconocer el pecado e invocar el perdón es, para el creyente, la forma sana de renovarse y crecer como persona.**